

[LIBRO CONTRA CONSTANCIO.]

DISERTACIÓN PREVIA AL LIBRO CONTRA CONSTANCIO.

I. Este libro parece contradecir a otros.---La gloria de un ánimo constante y moderado que el santísimo confesor de Cristo había adquirido con otros libros, casi la perdió por completo ante muchos con este único. Tal es la reverencia innata en todos hacia los reyes, que no consideran que haya tenido ninguna causa razonable para arremeter tan vehementemente contra Constancio. Alguien dijo que fue llevado a ello por la impaciencia de un exilio prolongado, mientras que muchos otros lo atribuyen a una disposición innata de ánimo más fervorosa y austera. A otros también les ha parecido que en este opúsculo no se mantiene coherente consigo mismo, y que habla de los orientales y sus confesiones de fe, así como del término homoousion, de manera diferente a como lo hizo en el libro sobre los sínodos: como si en este rechazara y condenara abiertamente lo que en el otro había alabado o excusado. Quizás algún día habrá quien, al establecer que ambas obras no solo difieren en estilo (ya que las palabras del libro sobre los sínodos respiran suma humanidad), sino también en sentencias, busque otro autor distinto a Hilario para este libro: y piense que puede confirmar su opinión en el hecho de que en los escritos anteriores a Constancio se comporta de manera muy diferente hacia el mismo Emperador. En esos escritos, de hecho, sigue la piadosa costumbre, que él mismo transmite en el Salmo XIII, núm. I: quien interpreta las palabras del rey y transmite sus preceptos al oído del pueblo, se esfuerza diligente y cautelosamente por satisfacer la dignidad del rey por reverencia al oficio, para que todo se lea y escuche con honor y religión. Sin embargo, como no solo por costumbre, sino también por la razón de que todo reino es de Dios, se debe la mayor reverencia al rey, como aprueba en el Fragmento I, núm. 5, y su discurso en todas partes concuerda con esta doctrina; le será difícil persuadirse de que haya cambiado repentinamente.

II. Se concilia con el libro sobre los Sínodos.---Sin embargo, nadie logrará jamás arrebatarse este librito a Hilario, que Jerónimo enumera entre sus obras, y que Facundo de Hermiana en su libro contra Mociano, así como el códice de la basílica Vaticana escrito hace casi doce siglos, y todos los manuscritos con gran consenso le atribuyen. Y no hay realmente ninguna contradicción con el libro sobre los sínodos; sino que lo que en uno se declara menos explícitamente y con menos palabras, en el otro se explica más extensamente y con mayor claridad. Ciertamente, en ambos Hilario, sin cambiar de ánimo ni de opinión, adopta una diferente manera de argumentar según el cambio de circunstancias. Pues donde esperaba devolver a los orientales a la verdadera fe y al seno de la Iglesia católica, disimuló y excusó sus errores tanto como le fue posible sin comprometer la verdad. Pero cuando, ya frustrado en su esperanza, temió que lo disimulado creciera en perjuicio de la fe, los publicó abiertamente y los desaprobó. Aunque, así como en el libro sobre los Sínodos no fue tan llevado por el deseo de conciliar a las Iglesias orientales como para callar lo que en ellas debía ser reprendido, así también en este librito se modera de tal manera que, aunque desapruueba todas sus profesiones de fe, no niega que pudieran carecer de vicios. Es elocuente lo que dice en el núm. 24: Aunque en todas estas confesiones no se afirma que subyace ningún vicio; sin embargo, no habría causa de voluntad religiosa: porque la meditación del mal es la alteración de los bienes. Nuevamente, cuando en el núm. 23 afirma que los fundados en la fe de Nicea no necesitan la de Antioquía, Sardica o Sirmio; sin embargo, concede que hay algunas palabras en estas muy enemigas de los arrianos, cuya profesión Constancio fingía ser piadoso ante los occidentales. Tampoco rechaza por completo el homoousion, aunque en el núm. 25 lo considera ocioso para la fe; sino que lo aprueba en el núm. 22, donde dice: Para mí, ciertamente, la semejanza es sagrada, para que no se dé ocasión a la unión. ¿Quién,

finalmente, lo consideraría afectado de manera diferente hacia los orientales que defendían el homoousion, cuando no una sino varias veces se le oye reprochar a Constancio por haberlos forzado a abandonar su fe original? Aunque no aprueba del todo su fe, como indica en el núm. 12, sin embargo, testimonia que algunos de ellos presentan algunas cosas piadosamente con palabras: moderado tanto en la crítica como en el elogio.

III. La innata suavidad de Hilario se defiende con el testimonio de los antiguos.---No creemos necesario extendernos más para que se derrumbe la opinión común que piensa que Hilario retractó y revocó en este libro lo que había discutido en el libro sobre los Sínodos en favor de los orientales. Quizás será más difícil satisfacer a aquellos que lo acusan de haber sido de ánimo implacable en este libro, o al menos de haber olvidado su innata bondad y suavidad. A estos, en primer lugar, les oponemos a Rufino (lib. I Hist. eccl., cap. 31), quien no solo testimonia con palabras explícitas que era de naturaleza suave y apacible, sino que confirma sus palabras con los propios hechos de Hilario. Ciertamente, será raro encontrar a alguien para quien no tenga gran peso un testimonio tan notable: pero no debería haber nadie a quien no conmueva la antigua costumbre de la Iglesia, que en el mismo centro de su sacrosanto sacrificio, en la Prefación antes del Canon, celebraba a Hilario por su abundante suavidad de carácter.

IV. La impiedad encubierta y la nefaria persecución de Constancio.---A quienes este libro les ha inducido otra opinión sobre él, deben considerar primero cuándo fue escrito. Lo encontrarán escrito después del Concilio de Seleucia, en el mismo tiempo en que, según el testimonio de Sozomeno, I. IV, cap. 25, una especie de persecución ocupó todas las Iglesias en todas partes, similar a la que había ocurrido bajo los emperadores paganos. Entonces, cuando perciban que el principal autor de esta persecución fue Constancio, deben considerar el tipo de persecución. Ciertamente, al intentar extinguir la fe más con engaños que con fuerza abierta, mataba más almas cuanto más perdonaba los cuerpos. Aunque era un lobo, deseaba ser oído y visto como una oveja. Y no le faltaban medios para engañar, pues usaba palabras que mentaban la apariencia de verdad, pretendía paz y unidad, y entre amenazas y castigos alardeaba de defender los decretos de los concilios. Pero esa persecución era más peligrosa porque Constancio usaba a los mismos obispos como ministros para atraer a todos a la herejía que abrazaba: de modo que Sozomeno, al continuar su discurso sobre la misma persecución, dijo: Y si esta, en cuanto a los tormentos, parecía más leve, sin embargo, a los hombres prudentes les pareció más amarga por la infamia. Pues ambos, el que perseguía y el que sufría la persecución, eran de la Iglesia.

V. La adulación de los pseudoobispos alabada.---Esos pseudoobispos, como es costumbre de quienes intentan obtener la adhesión a una causa injusta, trataban de engañar con el nombre, la autoridad y las virtudes de Constancio, ya fueran verdaderas o ficticias, y con cualquier otro medio que pudieran. Así, uno, según se deduce de este libro, alababa la magnificencia de Constancio en la construcción y adorno de iglesias, otro elogiaba su reverencia hacia los obispos. Aquel ponía en medio su diligencia en reprimir herejías, este su empeño en convocar sínodos. El mismo Constancio (como Lucifer lo expone más extensamente) no solo se atribuía la gloria de la piedad, sino también de la doctrina. Redactaba una fe a la que los obispos debían suscribir, escuchando con sumo agrado a los aduladores que, junto con los obispos caídos de Rímmini, le escribían: Iluminados por los escritos de tu piedad, damos y damos gracias a Dios porque nos has bendecido, indicándonos aquellas cosas que, con la reflexión de tu piedad, debíamos hacer (Fragm. IX, n. 1). Finalmente, muchos, después de haber alabado la benignidad, religión y piedad de Constancio, concluían que Dios no permitiría que un rey tan piadoso y religioso defendiera una fe incorrecta; ni era leve señal y fruto de esa excelente fe suya la increíble prosperidad de su reino. Pasamos por alto muchas

otras cosas que los edictos, amenazas y castigos no permitían a los pueblos aterrorizados percibir la perfidia encubierta de Constancio.

VI. Si realmente debía ser disimulada por el Pastor.---Aquí surge la pregunta de si a Hilario le estaba permitido quitar el velo, es decir, si al pastor le estaba permitido descubrir al lobo oculto, si al Prelado le estaba permitido hacer manifiesto a los cristianos al enemigo insidioso de la fe. Ciertamente, como Constancio, como se ha mostrado, llevaba una piel de oveja pero tenía un ánimo de lobo; parecía necesario para un prelado amante de la Iglesia hacer una de dos cosas: o persuadirle a él mismo para que depusiera su ánimo de lobo, o advertir a los pueblos para que no se dejaran engañar por su piel de oveja. Lo primero, que es más acorde con un hombre moderado, fue lo que Hilario intentó primero, cuando presentó un libelo pidiendo audiencia al emperador con la mayor reverencia, prometiendo que, si se le concedía la oportunidad de discutir sobre la fe ante él, hablaría con igual reverencia. Pero no obtuvo lo que deseaba para el bien de la Iglesia vacilante, sin comprometer el nombre del Augusto. Por lo tanto, quedaba lo segundo, que, al no poder alejar o cambiar al lobo, al menos intentara proteger a las ovejas contra sus insidias. Este es todo el propósito de este libro; pues no está dirigido a Constancio con el fin de insultarlo, sino con el fin de instruir y exhortar a los católicos, como demostraremos más adelante.

VII. Razón del discurso vehemente.---¿Pero un discurso más vehemente? Quizás uno frío no habría logrado nada donde la persecución se intensificaba: ni habría sido escuchado sin clamor por aquellos cuyos ánimos ya había perturbado el gran estruendo de los edictos de Constancio.

VIII. Por qué Hilario llama a Constancio anticristo.---Si es vehemente, ciertamente no debería ser insultante: y no consideran de un ánimo moderado que Constancio sea llamado en él no una sino varias veces anticristo. Este nombre, ciertamente, horroriza a los oídos piadosos, pues piensan que con él se dice todo lo que puede ser execrable o concebido en la mente. Pero Hilario no llamó ni consideró a Constancio anticristo en ese sentido común: sino solo en el sentido en que Juan escribió, El anticristo ya ha venido, y ahora muchos anticristos han surgido (I Juan II, 18). Lo que explica repetidamente, Este es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo (Ibid., 22). Pues como se nota contra Auxentio, núm. 2, la propiedad del nombre de anticristo es ser contrario a Cristo. Pero, ¿quién negará que Constancio era contrario a Cristo? Ni tampoco Hilario indica de manera oscura que lo llama anticristo en el sentido en que lo hace, con estas palabras en el núm. 7: Te finges cristiano: eres un nuevo enemigo de Cristo, precedes al anticristo y operas sus misterios secretos. Ciertamente, quien precede al anticristo debe ser necesariamente otro que él.

IX. No pretende tanto criticarlo como defender a la Iglesia.---Por lo tanto, considerándolo como enemigo, y a sí mismo como soldado de Cristo, consideró indigno no advertir a sus compañeros de armas sobre alguien que, al permanecer oculto, podría perjudicar a más personas. Lo que hace que se abstenga de criticar otros vicios de Constancio. Pues, en cuanto dependía de él, no quiso arrebatarse nada a la majestad cesárea, mientras que se esforzaba únicamente por mantener intacto e ileso el derecho y el honor de la divinidad de Cristo; solo le indignaba lo que veía que se le quitaba al derecho de Cristo. Finalmente, como consideraba a Constancio no menos hostil a la Iglesia de Cristo que lo habían sido Decio, Maximiano y otros tiranos; le parecía digno de su fortaleza, encendido por la esperanza del martirio, consultar a la Iglesia de la manera que podía.

X. Nada se concluye de un discurso vehemente contra la innata suavidad.---Si alguien quiere nuevamente argumentar que lo hizo con un discurso más vehemente, ciertamente recordará lo

que Gregorio Nacianceno, Or. XXI, núm. 33, dijo sobre los santos varones que existieron en ese tiempo: Aunque de otro modo son pacíficos y moderados, en este asunto no soportan ser suaves y fáciles, cuando por silencio y quietud se traiciona la causa de Dios; pero son muy belicosos y en la lucha son agudos y feroces: pero entre los justos evaluadores de las cosas nunca logrará que lo consideren impotente de ánimo por una excesiva austeridad de carácter, a quien han aprendido que es abundante en suavidad de carácter tanto por el testimonio de la antigüedad como por los hechos de toda su vida. Creerán que fue llevado a esta obra más por el impulso del Espíritu Santo que por el ímpetu de una bilis más agitada, cuyo ánimo, fortalecido y no menos activo por un exilio de cinco años, se muestra probado y más fuerte por el hecho de que poco después de esto, tan abundantes frutos redundaron en la Iglesia por su obra. Pues, ¿quién no sabe que le debemos la reconciliación de casi todo Occidente a su prudencia, que una singular suavidad de carácter condimentaba? Esta, de hecho, emprendida poco después de este libro, la llevó a un feliz término. Si escuchamos a Sulpicio: Se estableció entre todos que, por el beneficio de Hilario, nuestras Galias fueron liberadas del pecado de la herejía (Sulpic. l. II). Lo que Sulpicio dice de nuestras Galias, Rufino (lib. I Hist. eccl. c. 31) testifica que lo logró para su Italia e Ilírico no menos por la suavidad de carácter que por la doctrina. De esta manera también, su progreso contuvo el cisma luciferiano, que surgió de una excesiva austeridad y no debía ser contenido sino por una afectación de ánimo contraria.

XI. Más ejemplos de moderación de Hilario extraídos de este libro.---De hecho, Facundo contra Mociano señala a Hilario como un ejemplo de moderación, y los ejemplos de esta virtud que ofrece en este mismo libro, los propone a sus adversarios, a quienes considera que pecan por un celo más ferviente, para que los imiten. Y ciertamente, Facundo puede con razón aprobarlo como un moderado y prudente gobernador de la Iglesia, mientras, negando la comunión a dos o tres partidarios de la herejía, decreta que a los demás se les debe conceder la oportunidad de arrepentirse; mientras somete este decreto suyo al juicio y aprobación de los confesores; mientras no rechaza ninguna condición honesta para establecer la paz; mientras, aunque relegado por una facción injusta, durante todo el tiempo de su exilio no escribe nada infamante o maledicente contra los herejes; mientras en Seleucia y Constantinopla se comporta con todos de manera tan cortés que incluso a los anomeos, de quienes aborrecía vehementemente, les ofrece fácil acceso a él, y escucha sus blasfemias con calma y tranquilidad; mientras finalmente, al usar un discurso más vehemente, demuestra con tanto cuidado y estudio que no es llevado a ello por su propia causa sino por la de Cristo.

XII. Conclusión de la apología.---Dado que estas cosas son así, es más seguro venerar piadosamente el singular hecho de un hombre singular que criticarlo temerariamente. Pues si se permite acusar a Hilario de ánimo implacable por su discurso áspero; quizás también se permitirá acusar a Esteban de un ímpetu más agitado de bilis cuando arremete tan amargamente contra los judíos; también se acusará de impotentes de ánimo a los profetas que reprendieron los vicios de los príncipes con tanta libertad; ni se perdonará al mismo ejemplo de mansedumbre, nuestro Señor, y parecerá haber caído de su innata suavidad de corazón cuando increpó tan amargamente a los fariseos. Más bien, lo que Agustín sintió y dijo sobre Esteban (en el Salmo CXXXII, n. 8), Como si Esteban se enfureciera; se enfurecía con la boca, pero amaba con el corazón: esto sintamos y digamos sobre nuestro Hilario, Como si Hilario se enfureciera; se enfurecía con la pluma, pero amaba con el corazón.

XIII. La epístola debe dirigirse a los católicos, no a Constancio.---Esta obra en los manuscritos Colbertino y Martiniano se llama no sin razón epístola; aunque no agrada que en los mismos se note que fue enviada a Constancio emperador. Pues la epístola debe considerarse enviada a aquellos a quienes el escritor de ella se dirige al principio, no a

aquellos a quienes luego dirige su discurso de manera figurada. En todo el comienzo de esta obra, Hilario se dirige a los Hermanos, a quienes también regresa en el núm. 12, etc. Por lo tanto, el discurso a Constancio no es sino figurado: con esta figura se dirige largamente y con abundancia a los orientales en el libro sobre los Sínodos, aunque no destinado a ellos sino a los obispos galicanos. No debe, por lo tanto, aceptarse la opinión de Chiffletio, quien (en las notas sobre Ferrand.) quiso que este libro pudiera inscribirse indistintamente en Constancio o a Constancio.

XIV. Este libro fue escrito en vida de Constancio.---Se inscribe en el códice muy antiguo de la basílica de San Pedro, así como en el Telleriano, libro en Constancio emperador; en otros manuscritos, libro contra Constancio Augusto: a los cuales, aunque Erasmo añadió temerariamente, ya fallecido; sin embargo, no fue corregido en las ediciones posteriores. La ocasión de errar le surgió de las palabras de Jerónimo, quien al enumerar entre las obras de Hilario un libro en Constancio escrito después de su muerte. Y Jerónimo, de hecho, al mencionar un único libro de Hilario en Constancio, y al citar algunas palabras de este libro que tenemos en manos en la epístola XXVII a Eustoquio; no hay casi duda de que creyó que este mismo fue escrito después de la muerte de Constancio. Sin embargo, el mismo Hilario, en el núm. 2, testimonia con palabras explícitas que lo escribió en el quinto año después del exilio de Eusebio, Lucifer y Dionisio, es decir, cinco años después del concilio de Milán del año 355, y por lo tanto en el año 360, uno antes de la muerte de Constancio. Tampoco debe dudarse de que lo escribió mientras estaba en Constantinopla, después de haber solicitado con insistencia que se le permitiera discutir sobre la fe en persona, y no haberlo conseguido, e incluso después de haber comenzado allí la historia del concilio de Seleucia y Rímmini. Sin embargo, debido a las palabras de Jerónimo, aceptaremos de buen grado a aquellos que, aunque escrito antes de la muerte de Constancio, querrán que se haya publicado solo después de su muerte: especialmente cuando poco después se le dio a Hilario la oportunidad de regresar a Occidente, y se le dio la facultad de hacer esto entre los suyos de manera mucho más fácil y libremente por sí mismo, lo que había propuesto hacer a través de este libro.

XV. No está incompleto, sino aumentado por una mano ajena.---Nuevamente, la opinión de Erasmo, que consideró este libro incompleto, fue suscrita por todos los que después de él editaron las Obras de Hilario. A nosotros, por el contrario, no solo nos parece completo y acabado, sino también considerablemente aumentado por una mano ajena a partir de los libros sobre la Trinidad; quizás por obra de aquellos que, a partir de varios fragmentos de los mismos libros, compusieron los libros sobre la unidad del Padre y del Hijo, así como sobre la esencia del Padre y del Hijo. Esta adición es ciertamente antigua, ya que también se encuentra en el manuscrito Colbertino escrito hace unos 600 años, y en el Martiniano que lo supera en antigüedad, así como en otros siete; sin embargo, se juzga fácilmente que no provino del autor, tanto porque consta de fragmentos completamente disueltos entre sí, como porque está totalmente ausente del mencionado códice de San Pedro, con mucho el más antiguo de todos.

XVI. Sinopsis.---Todo este trabajo puede dividirse cómodamente en seis partes. La primera presenta las razones de una oración tan vehemente. La segunda describe la persecución que Constancio, desde el concilio de Arlés hasta el de Rímmini, ya sea fingiendo ser una oveja con halagos y simulación, o actuando como un lobo con amenazas y castigos, provocó. La tercera toca los actos del sínodo de Seleucia. La cuarta confirma y refuta la fe de ese mismo concilio, que había definido al Hijo como semejante al Padre según las Escrituras, y la declaración de Constancio, "No quiero que se diga lo que no está escrito", demostrando la igualdad del Hijo y el Padre. La quinta representa la inconstancia en la fe de los arrianos y del propio

Constancio. Finalmente, la última, si bien puede considerarse parte de este libro, aunque consta de las palabras de Hilario, fue añadida por una mano extranjera, declara que la naturaleza del Padre y la eterna natividad del Hijo superan las fuerzas del ingenio humano.

561-562 SAN HILARIO CONTRA EL EMPERADOR CONSTANCIO LIBRO ÚNICO. (C,S)

1. Exhortación a luchar por la fe.---Es tiempo de hablar: porque ya pasó el tiempo de callar. Que se espere a Cristo: porque ha prevalecido el anticristo. Que clamen los pastores: porque los mercenarios han huido. Pongamos nuestras vidas por las ovejas: porque han entrado ladrones, y el león rugiente ronda. Salgamos al martirio por estas palabras, porque el ángel de Satanás se ha transformado en Ángel de luz. Entremos por la puerta: porque nadie va al Padre sino por el Hijo (Juan XIV, 6). Que se manifiesten en su paz los falsos profetas: porque en la herejía y el cisma se manifestarán los aprobados. Soportemos la tribulación, como no la ha habido desde la creación del mundo: pero entiéndase que los días se acortarán por los elegidos de Dios (Mateo XXIV, 22). Se ha cumplido la profecía que dice: "Vendrá el tiempo cuando no soportarán la sana doctrina, sino que, llevados por sus propios deseos, se amontonarán maestros que les digan lo que quieren oír; y apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas" (II Tim. IV, 3); pero esperemos la promesa del que protesta, "Bienaventurados sois cuando os injurien y os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros por causa de la justicia. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos. Así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros" (Mateo V, 11, 12). Estemos ante jueces y potestades por el nombre de Cristo: porque bienaventurado es el que persevere hasta el fin (Mateo X, 22). No temamos a quien puede matar el cuerpo, pero no puede matar el alma: sino temamos a aquel que puede destruir el cuerpo y el alma en el infierno (Ibid., 28). No nos preocupemos por nosotros mismos: porque los cabellos de nuestra cabeza están contados (Ibid., 30). Y sigamos la verdad por el Espíritu Santo: para no creer en la mentira por el espíritu del error. Y muramos con Cristo, para reinar con Cristo. Porque callar más es señal de desconfianza, no de modestia, ya que no es menos peligroso haber callado siempre que no haberlo hecho nunca.

2. Cómo Hilario siempre buscó la paz al defender la fe. Cómo mantuvo la modestia con los adversarios.---Yo, hermanos, como todos los que me escuchan o me conocen personalmente son testigos, previendo desde hace mucho el gravísimo peligro para la fe, después del exilio de los santos varones Paulino, Eusebio, Lucifer, Dionisio, hace cinco años, me separé de la comunión de Saturnino, Ursacio y Valente junto con los obispos galos, concediendo a los demás compañeros de ellos la oportunidad de arrepentirse: para que no faltara la voluntad de paz, y se cortaran los miembros fétidos de las principales enfermedades que avanzaban hacia la corrupción de todo el cuerpo; si bien este mismo decreto emitido por nosotros hubiera permanecido en vigor si así lo hubieran decidido los beatísimos confesores de Cristo. 563 Después, impulsado por la facción de esos pseudoapóstoles al sínodo de Béziers, ofrecí la oportunidad de demostrar esta herejía. Pero ellos, temiendo la conciencia pública, no quisieron escuchar lo que presenté: pensando que podrían mentir a Cristo sobre su inocencia, si querían ignorar lo que después harían sabiendo. Y desde entonces, retenido todo este tiempo en el exilio, decidí que no debía apartarme de la confesión de Cristo, ni rechazar alguna razón honesta y probable para buscar la unidad. Finalmente, desde entonces no escribí ni hablé nada injurioso en los tiempos, ni nada infame y digno de su impiedad contra la que entonces se fingía ser la iglesia de Cristo, pero ahora es la sinagoga del anticristo: ni consideré un crimen hablar con alguien, aunque la sociedad de la comunión estuviera suspendida, visitar la casa de oración, o esperar lo que se debe desear para la paz; mientras

preparábamos el regreso del error al anticristo a Cristo por medio del arrepentimiento (Vid. l. de Synod. n. 4 et 8).

3. Lo que está a punto de decir no es impaciencia, sino libertad cristiana.---Si alguien, por tanto, percibe prudentemente la razón de mi silencio, ciertamente me acusará de haber moderado hasta ahora la amargura de la injuria reciente, y ahora, finalmente, con la libertad fiel en Cristo testificando, no por algún vicio de perturbación humana, de haberme incitado a escribir estas cosas. Porque no hablaré prematuramente, quien he callado mucho tiempo, ni sin modestia he callado, quien ya hablo alguna vez: ni me quejo de la injuria, quien disimulé la reciente, y quien, para no ser considerado hablando por mi causa, he aplicado tanto tiempo al silencio. Ahora no tengo otra causa para hablar que la de Cristo: a quien 564 también le debo esto, que hasta ahora he callado; y (suplir, a quien) entiendo que le debo en adelante, no callar.

4. Desea los tiempos de los perseguidores.---Y ojalá, Dios omnipotente y creador de todos, pero también Padre de nuestro único Señor Jesucristo, hubieras concedido a mi edad y tiempo, que este ministerio de mi confesión en ti y en tu unigénito lo hubiera cumplido en los tiempos de Nerón o Decio. Ni yo, por la misericordia del Señor y Dios tuyo Jesucristo, ardiente en el Espíritu Santo, habría temido el potro, sabiendo que Isaías fue cortado, ni habría temido los fuegos, recordando que los jóvenes hebreos cantaron entre ellos: ni habría evitado la cruz y los fragmentos de mis piernas, después de recordar al ladrón trasladado al paraíso: ni habría temido el profundo del mar y el reuma absorbente del Ponto, cuando por Jonás y Pablo enseñaste que hay vida en el mar para los fieles. Porque contra tus enemigos absolutos, esa lucha me habría sido feliz; porque no quedaría duda de que eran perseguidores, quienes nos obligaban a negarte con penas, hierro, fuego: ni nos sería permitido ofrecerte más que nuestras muertes para testificar. Lucharíamos abiertamente y con confianza contra los que niegan, contra los que torturan, contra los que matan: y nosotros, tu pueblo, como nuestros líderes, acompañarían a la religión de la confesión con la inteligencia de la persecución pública.

5. Qué tipo de persecución es la de Constancio.---Pero ahora luchamos contra un perseguidor engañoso, contra un enemigo halagador, contra Constancio el anticristo: que no azota las espaldas, sino que acaricia el vientre; no proscribía para la vida, sino que enriquece para la muerte; 565 no encierra en la cárcel para la libertad, sino que honra en el palacio para la servidumbre; no atormenta los costados, sino que ocupa el corazón; no corta la cabeza con la espada, sino que mata el alma con oro; no amenaza públicamente con fuegos, sino que enciende el infierno en privado. No lucha, para no ser vencido; sino que adula, para dominar. Confiesa a Cristo, para negar; procura la unidad, para que no haya paz; reprime las herejías, para que no sean cristianos; honra a los sacerdotes, para que no sean obispos; construye techos de iglesias, para destruir la fe. Te lleva en palabras, te lleva en la boca; y hace todo en absoluto, para que no se crea que tú, Dios, eres así como el Padre.

6. Hilario se purga de la sospecha de maldecir.---Cese, pues, la opinión de maldiciones, y la sospecha de mentira. Porque a los ministros de la verdad les conviene proferir la verdad. Si decimos falsedades, que sea infame el discurso maledicente: pero si mostramos que todas estas cosas son manifiestas, no estamos fuera de la libertad y modestia apostólica al acusar estas cosas después de un largo silencio. Pero tal vez alguien me considere temerario, porque digo que Constancio es el anticristo. Quienquiera que juzgue esto más como petulancia que como constancia, relea primero que Juan dijo a Herodes, "No te es lícito hacer esto" (Marcos VI, 18): sepa que fue dicho por un mártir al rey Antíoco, "Tú, aunque eres iniquo, nos destruyes de la vida presente, pero el Rey del mundo nos resucitará a la vida eterna en la

resurrección" (II Mac. VII, 9): y nuevamente otro con voz bendita y fiel increpó, "Teniendo poder entre los hombres, siendo corruptible haces lo que quieres: pero no pienses que nuestra raza ha sido abandonada por Dios. Pacientemente soporta, y ve cómo el gran poder de él te atormentará a ti y a tu descendencia" (Ibid., 16, 17). Y así hablaron los jóvenes. Pero la mujer no habló menos que los hombres perfectos y bienaventurados, diciendo: "Tú, que te has hecho inventor de toda maldad contra los hebreos, no escaparás de la mano de Dios. Si el Señor se ha enojado un poco con nosotros por reprensión y corrección, pero se reconciliará nuevamente con sus siervos" (Ibid., 31 y ss.). Esto no es temeridad, sino fe; ni inconsideración, sino razón; ni furia, sino confianza.

7. Constancio comparado con Nerón, Decio, etc.---Te proclamo, Constancio, lo que habría dicho a Nerón, lo que Decio y Maximiano habrían oído de mí: Luchas contra Dios, te ensañas contra la Iglesia, persigues a los santos, odias a los predicadores de Cristo, destruyes la religión, eres tirano no ya de los humanos, sino de los divinos. Estas cosas te son comunes y compartidas conmigo y con ellos: pero ahora recibe lo que es propio tuyo. Te finges cristiano, eres el nuevo enemigo de Cristo: te adelantas al anticristo, y operas los misterios secretos de él. Formulas credos, viviendo contra la fe. Eres maestro de los profanos, ignorante de los piadosos, otorgas episcopados a los tuyos, cambias a los buenos por los malos. Encarcelas a los sacerdotes, dispones tus ejércitos para aterrorizar a la Iglesia, convocas sínodos, y fuerzas la fe de los occidentales a la impiedad, aterrorizas con amenazas a los encerrados en una ciudad (Rimini), los debilitas con hambre, los agotas con el invierno, los depravas con disimulo. Nutres las disensiones de los orientales como artífice, atraes a los halagadores, incitas a los partidarios: eres perturbador de los antiguos, profano de los nuevos. Realizas todas las cosas más crueles sin la envidia de las muertes gloriosas. Con un nuevo e inaudito triunfo de ingenio vences al diablo, y persigues sin martirio.

8. Reliquias de los mártires venerables: su virtud.---Debemos más a vuestra crueldad, Nerón, Decio, Maximiano. Porque por vosotros vencimos al diablo. En todas partes se recogió la sangre santa de los bienaventurados mártires, y los venerables huesos son testimonio diario: mientras en ellos los demonios mugen, mientras se alejan las enfermedades, se elevan los cuerpos sin lazos, y las vestiduras no caen sobre el rostro de las mujeres suspendidas por el pie, se queman los espíritus sin fuegos, se confiesan sin interrogatorio los atormentados, se hacen todas las cosas no menos con provecho del examinador, que con incremento de la fe. Pero tú, el más cruel de todos los crueles, te ensañas con nosotros con mayor daño y menor perdón. Te infiltras con el nombre, matas con halago, realizas la impiedad con apariencia de religión, extingués la fe de Cristo siendo un falso predicador de Cristo. No dejas al menos a los miserables excusas, para que lleven a su eterno juez algunas cicatrices de los cuerpos lacerados, para que la debilidad defienda la necesidad. El más malvado de los mortales, temperas todos los males de la persecución de tal manera, que excluyes tanto el perdón en el pecado, como el martirio en la confesión. Pero esto te lo enseñó tu padre, artífice de las muertes humanas, 568 vencer sin deshonor, degollar sin espada, perseguir sin infamia, comenzar sin sospecha, mentir sin inteligencia, profesar sin fe, halagar sin bondad, hacer lo que quieras, sin manifestar lo que quieras.

9. El nombre del Señor en las palabras de Constancio, no en los hechos. Induce a un Dios engañoso.---Pero el mismo unigénito Dios, a quien persigues en mí, me advirtió que no te creyera, ni me engañara ese nombre falso y mentido en ti, diciendo: "No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, él entrará en el reino de los cielos" (Mateo VII, 21). ¿Reconoces ahora la verdad de la profecía divina en ti y la fe de la sentencia del Señor, por la cual no la profesión del nombre, sino la obediencia a la voluntad paterna es admitida en el reino celestial? Pero

mira tú, si prefiriendo el nombre del Señor en palabras, haces la voluntad de Dios Padre en las obras. Clama él: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco" (Mateo III, 17): y tú decides que no es Hijo, ni es Padre; sino nombres de adopción, denominaciones externas, y presentas un Dios que simula todo sobre sí mismo, nuevo perseguidor hoy de la religión divina. Antes tus padres (Nerón, Decio, etc.) fueron enemigos solo de Cristo: pero tú luchas contra Dios Padre, para que sea mentiroso, para que haya engañado, para que haya profesado de sí mismo lo que no era, como si no pudiera ser. Clama el Hijo: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30); y, "Creed en mis obras, porque el Padre está en mí, y yo en el Padre" (Ibid., 38); y, "Todo lo que es del Padre es mío" (Juan XVI, 15): tú reprendes a Cristo de la verdad, tú acusas al Padre de la profesión. Corrígese a Dios hombre, moderas la vida corrupción, y la noche iluminas la luz, y promulgas la fe infiel, y 570 mientes la piedad impío, y comprometes el orbe de la tierra con profana simulación: negando esto de Dios, lo que él mismo ha profesado de sí.

10. La vestimenta de oveja de Constancio.---Pero además de esta corrección de falsedad, el Señor me enseñó otra cosa para entenderte, diciendo: "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces: por sus frutos los conoceréis" (Mateo VII, 15, 16). Hay algo en el corazón, que se disimula en el rostro, y está velado en la mente: y creyendo que es oveja, sienten al lobo. Si hacen lo que es de ovejas, créanse también que son ovejas: pero si realizan la obra de lobos rapaces, se entiende que son lobos por su obra; y por el fruto de sus hechos, se acusa la apariencia de sus vestiduras. Vemos tu vestimenta de oveja, lobo rapaz. Cargas al santo de Dios con el oro de la república, y ya sea sustraído de los templos, o publicado por edictos, o exigido con penas, lo ofreces a Dios. Recibes a los sacerdotes con un beso, con el que también Cristo fue traicionado: inclinas la cabeza para la bendición, para pisotear la fe: te dignas a un banquete, del cual Judas salió a la traición: condonas el censo de las cabezas, que Cristo, para no ser escándalo, pagó (Mateo XVII, 26): condonas los tributos de César, para invitar a los cristianos a la negación: relajas lo que es tuyo, 570 para que se pierda lo que es de Dios. Estas son tus vestiduras, falsa oveja.

11. Hechos del lobo. Lo que sufrió Alejandría, lo que Tréveris, lo que Milán, lo que Roma, lo que Tolosa.--- Pero ahora escucha los frutos de tus obras, lobo rapaz. Y no refiero otra tiranía que la de Dios. No me quejo porque ignoro la causa, pero sin embargo la queja es famosa, que los obispos ordenados por ti no son, a quienes nadie se atrevía a condenar, incluso ahora se enumeran en las frentes eclesiásticas con el título de condenación a las minas. Está conmigo Alejandría, sacudida por tantas guerras, temiendo el tumulto de tantas expediciones movidas. Porque se luchó más brevemente contra el persa, que contra ella con armas. Se cambiaron prefectos, se eligieron líderes, se corrompieron pueblos, se movieron legiones, para que Cristo no fuera predicado por Atanasio. Callo sobre los pueblos y ciudades menores, a quienes en todo Oriente o el terror, o la guerra es. Después de que dirigiste todas tus armas contra la fe de Occidente, y convertiste tus ejércitos en las ovejas de Cristo: me fue permitido huir bajo Nerón. O tú, Paulino, varón de bienaventurada pasión, seducido por halagos, lo relegaste (año 353), y despojaste a la santa iglesia de Tréveris de tal sacerdote. Aterrorizaste la fe con edictos. Lo cambiaste hasta la muerte con exilios y lo fatigaste, lo relegaste fuera del nombre cristiano: para que no tomara pan ni de tu granero, ni esperara el profanado de la cueva de Montano y Maximila. 571 ¡Qué piadoso pueblo milanés turbaste con el furor de tu terror! Tus tribunos entraron en el santo de los santos, y abriéndose camino con toda crueldad a través del pueblo, sacaron a los sacerdotes del altar. ¿Te crees, malvado, que pecaste menos que la impiedad de los judíos? Derramaron la sangre de Zacarías; pero, en cuanto a ti, separaste de Cristo a los que estaban incorporados a Cristo. Luego dirigiste tu guerra hasta

Roma, arrebataste de allí al obispo: y ¡oh, miserable de ti, que no sé si lo relegaste con mayor impiedad que lo devolviste! ¡Qué furias ejerciste luego en la iglesia de Tolosa! Clérigos golpeados con bastones, diáconos aplastados con plomo, y en el mismo, como los santos entienden conmigo, en el mismo Cristo se lanzaron las manos. Estas cosas, Constancio, si yo miento, eres oveja: si tú las realizas, eres el anticristo.

12. Sobre el sínodo de Seleucia.---Ahora, porque estas cosas que son conocidas por la conciencia pública, no son más maldiciones dichas por mí que verdaderas; si alguien en Cristo tiene alguna esperanza restante, si alguien teme el día del juicio, si alguien ha renunciado al diablo, si alguien recuerda que ha renacido a la vida, reciba lo que digo, y juzgue sobre estas cosas con el juicio con el que será juzgado en sí mismo. Porque lo que estoy a punto de decir, no lo conocí de otra manera: sino que lo escuché yo mismo, y estuve presente cuando se llevaban a cabo. En Cristo, por tanto, no miento, porque soy discípulo de la verdad, también testigo ahora de la verdad. Asisto (el 27 de septiembre del año 359) al sínodo de los orientales en Seleucia, donde encontré tantos blasfemos como agradaban a Constancio. Porque en la primera sesión en ella descubrí que ciento cinco obispos predicaban el homoousion, es decir, de esencia similar, y diecinueve profesaban el anomoousion, es decir, de esencia disímil, y solo los egipcios, excepto el hereje alejandrino (Jorge), sostenían con la mayor constancia el homoousion. 573 Obligados (el tercer día del concilio) por el conde León, todos se reunieron en uno. De los que predicaban el homoousion, algunos presentaban algunas cosas piadosas en palabras: que era de Dios, es decir, de la sustancia de Dios el Hijo, y siempre había sido. Pero los que defendían el anomoousion, no afirmaban nada sino lo más profano: negando que algo de la sustancia de Dios pudiera ser similar, ni que de Dios pudiera existir generación, sino que Cristo era una criatura; así que lo que fue creado, se le atribuía como nacimiento: pero que era de la nada; y por eso no era Hijo, ni semejante a Dios.

13. Blasfemias recitadas públicamente.---Os hablo ahora de algo que yo mismo escuché recitar públicamente en una asamblea, que se decía haber sido pronunciado por el obispo de Antioquía. Se recordaba que él había dicho lo siguiente: «Dios era lo que es. No había Padre, porque tampoco había Hijo: pues si hay hijo, es necesario que también haya mujer, y conversación, y plática, y unión conyugal de la palabra, y halago, y finalmente una máquina natural para engendrar.» ¡Oh, mis pobres oídos, que escucharon el sonido de una voz tan funesta, que estas cosas se dijeran de Dios por un hombre, y que se predicaran de Cristo en la iglesia! Después de muchas impiedades de este tipo, cuando comparó al Padre y al Hijo más por los nombres que por la naturaleza, dijo: «Porque tanto como el Hijo se extiende para conocer al Padre, tanto el Padre se extiende más allá para no ser conocido por el Hijo.» Al recitar estas palabras, se desató un tumulto.

14. En qué sentido condenan la disimilitud los que niegan la similitud.---Pero cuando aquellos que dicen que Dios es disímil entendieron que los oídos humanos no aceptarían palabras de tanta impiedad, nuevamente estos mismos, más engañosos que obispos de la Iglesia, escriben una fe, condenan el homoousion y el homoeousion y la disimilitud. Lo cual, siendo contrario al sentido de los oyentes, yo mismo pregunté a uno de ellos, que se acercó a mí para probarme, como si ignorara los hechos, qué significaba eso de que quienes habían condenado que el Hijo fuera de la misma sustancia que el Padre, o que fuera de sustancia similar, condenaran la disimilitud. Entonces me dijo: «Cristo no es similar a Dios, pero puede entenderse que es similar al Padre.» Esto me parecía aún más oscuro. Cuando pregunté de nuevo sobre esto, entonces habló así: «Digo que es disímil a Dios, pero puede entenderse que es similar al Padre, porque el Padre quiso crear una criatura de este tipo, que quisiera ser

similar a Él: y por eso es similar al Padre, porque es más hijo de la voluntad que de la divinidad; pero es disímil a Dios, porque ni es Dios, ni nació de Dios, es decir, de la sustancia de Dios.» Al escuchar esto, quedé atónito y no lo creí, hasta que públicamente, con el consenso de todos ellos, se predicó la razón de esta profanísima similitud.

15. Los condenados vuelven a dominar.---Sin embargo, aquellos que predicaban el homoeusion condenaron a todos los que, sin ningún pudor de impiedad, hablaban de manera impudentísima. Los condenados volaron hacia su rey: recibidos honoríficamente, confirmaron sus impiedades con toda la ambición que pudieron, negando que fuera similar a Dios, o nacido de Dios, o que fuera hijo natural. Pocos dominaron a muchos. Constancio, por miedo al exilio, extorsionó las cosas de su blasfemia. Se jactó de haber vencido a los orientales porque había sometido a diez legados a su voluntad, y amenazó tanto al pueblo a través del prefecto como a los obispos dentro del palacio, y en las principales ciudades de Oriente, colocó obispos heréticos, fortalecidos con comunión herética. No hizo absolutamente nada más que entregar al diablo el mundo por el cual Cristo sufrió.

16. Constancio prohíbe malamente las palabras no escritas. Él mismo admite las no escritas.--Usa ahora, como antes en otras cosas, la costumbre de su arte, para confirmar lo malo bajo la apariencia de lo recto, y establecer lo insano bajo el nombre de razón. «No quiero,» dice, «que se digan palabras que no están escritas.» ¿Quién, pregunto, ordena esto a los obispos? ¿Y quién prohíbe la forma de la predicación apostólica? Di primero, si crees que es correcto decir: No quiero nuevas comparaciones de medicamentos contra nuevos venenos, no quiero nuevas guerras contra nuevos enemigos, no quiero nuevos consejos contra nuevas insidias. Pues si los herejes arrianos evitan hoy el homoeusion porque lo negaron antes, ¿no es que tú también lo rehúas hoy para que ellos también lo nieguen ahora? El Apóstol ordena evitar las novedades de palabras, pero profanas (I Tim. VI, 20): ¿por qué excluyes las piadosas? especialmente cuando él mismo dijo: Toda Escritura divinamente inspirada es útil (II Tim. III, 16). No lees en ninguna parte que innascible esté escrito: ¿acaso por esto debe ser negado porque es nuevo? Decides que el Hijo es similar al Padre. Los Evangelios no lo predicán: ¿por qué no rehúas esta palabra? En un caso se elige la novedad, en otro se rechaza. Donde se abre la ocasión de impiedad, se admite la novedad: pero donde está la máxima y única cautela de la religión, se excluye.

17. Las Escrituras enseñan que el Hijo es igual al Padre.---Pero no callaré la sutilidad engañosa de tu diabólica mente. Decides que se predique que el Hijo es similar al Padre, lo cual no está escrito: para que calles que Cristo es igual a Dios, lo cual está escrito. Esta es la causa de la muerte del Señor: Por esto los judíos buscaban más matarlo, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios (Juan V, 18). Esto lo proclamaba Juan hablando con gran voz: para que, al profesar el Hijo que Dios era su Padre, se entendiera que profesaba ser igual a Dios. Pero si acaso dices que Cristo negó la igualdad consigo mismo y con Dios, porque dijo: El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre (Ibid., 19): recuerda que Cristo también respondió sobre el sábado, del cual se le acusaba de haber violado, para mostrar en esto mismo la autoridad del Padre obrando en Él, y que asumió para sí la igualdad de poder y honor: Todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente (Ibidem); y de nuevo, Para que honren al Hijo como honran al Padre (Ibid., 23): y, El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió (Ibidem). Si el poder es el mismo, si el honor es el mismo; pregunto, ¿en qué falta la igualdad?

18. Naturaleza una.---Pero te agrada la similitud; ¿no escuchas, Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30)? ¿Acaso también esto de que somos uno, en lo cual no se dejaba ni unión ni

diversidad, el Señor lo negó a los judíos que de nuevo lo calumniaban diciendo que se hacía Dios por esta declaración, diciendo: Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis: pero si las hago, y no queréis creerme, creed al menos a mis obras, para que sepáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre (Ibid., 37, 38)? ¿Qué, pregunto, le falta a la igualdad con Dios? ¿La obra? ¿La naturaleza? ¿La profesión? Pues el Padre está en mí, y yo en el Padre (Ib., 38). es igualdad: que expresó la reciprocidad de la igualdad, mientras estar en y ser es común. Hacer las obras de su Padre no es otra cosa que operar en sí mismo el poder de la divinidad paterna. Lo que son uno, no es negar la igualdad, sino instruir la fe de la igualdad con un incremento de inteligencia.

19. En la misma forma y gloria.---Prohíbes, por tanto, que se digan cosas no escritas: y sin embargo, tú mismo usas cosas no escritas, ni hablas de lo que está escrito. Quieres que se predique que el Hijo es similar al Padre: para no escuchar del Apóstol: Quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo (Filip. II, 6, 7). Cristo no arrebató lo que era, es decir, estar en forma de Dios. No es igualdad con Dios estar en forma de Dios, si no es igualdad con el hombre estar en forma de siervo. Si en forma de siervo Cristo es hombre; ¿qué otra cosa es en forma de Dios, sino que Cristo es Dios? Por tanto, quieres que se predique que es similar para que no esté en tu fe: Y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Ibid., 11).

20. La profesión engañosa, similar según las Escrituras.---¡Oh, tu engañosa dulzura! Cubres las aguas con paja, ocultas las trampas con césped, y pones lazos en los cebos. Crees satisfacer a los ignorantes porque dices que es similar al Padre según las Escrituras. Escucha ahora también el arte de tu impiedad. ¿Acaso no decimos piadosamente que el hombre es similar a Dios según las Escrituras; porque se dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gen. I, 26)? El hombre, por tanto, es a imagen y semejanza de Dios Padre y de Dios Hijo. Y de qué tipo de imagen es, los católicos, si se les pregunta, lo enseñarán. Ahora bien, el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios: no se predica también la similitud entre el Padre y el Hijo. Pues lo que dice nuestra, es una demostración de igualdad; mientras no difiere de quién es en el sacramento tanto la imagen como la semejanza.

21. Del Hijo nunca se predica mera similitud.---Del Hijo, sin embargo, nunca encontrarás similitud. Pero el Apóstol dice que es imagen de Dios, pero con un añadido de fe: para que no pienses que la imagen es una conformación. Dice: Él es la imagen del Dios invisible (Col. I, 15): para que la imagen del Dios invisible, incluso por el hecho de que Él mismo es invisible, sea la imagen del Dios invisible. Pero la similitud con la imagen se atribuyó al hombre respecto a Dios: para que no se pensara que era propiedad de la verdad, a la cual se le añadía la similitud a la imagen. Finalmente, donde se iguala a la significación del poder, y se demuestra la similitud en el Hijo al obrar: cuando se predica el progreso de la inteligencia: entonces se dice así: Todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente (Juan V, 19). Hacer igualmente parecía poco, a menos que se hicieran las mismas cosas que se hacían similares. Y así, la similitud de hacer se demostró piadosamente en la propiedad de las mismas obras. También hay similitud en el Señor de la carne del pecado (Rom. VIII, 2): pero no es similitud de carne, sino similitud de carne del pecado: para que lo que está en forma de Dios sea hombre; pero lo que está en similitud de carne del pecado sea similitud de hombre, mientras está en la estatura del hombre, y fuera del pecado del hombre. ¿Cuál es, entonces, la astuta profesión de tu religión, decir que el Hijo es similar al Padre según las Escrituras; cuando solo el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios? ¿Por qué engañas con palabras? ¿Por qué eludes con arte? ¿Por qué no dices piadosamente que es igual a Dios (esto es según las Escrituras)?

22. Con la igualdad del Hijo, se puede predicar la similitud.---¿Pero temes que al decir igual, signifiqués innascible? Pero entiendes la verdad, que de aquí se entendió que es igual a Dios, porque profesó que Dios era propio de Él; y profesar que el Padre es propio de Él es una demostración de la natividad. Para mí, la similitud, para que no se dé ocasión a la unión, es santa: pero no te la concederé a ti: porque piadosamente confesaré que es igual y luego similar. Piadosamente predicaré que es similar al Padre, y también similar a Dios; pero de tal manera que siempre anteponga a la similitud esta declaración: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30): pero tú contradices todo esto, porque defiendes la similitud con excusas. Niegas al Hijo por natividad, niegas a Dios por naturaleza, niegas la similitud por igualdad, niegas la verdad por unidad. Y ya pregunto, ¿qué le dejas de similitud, a quien no le concedes nada de lo que es propio del hijo?

23. La inconstancia de Constancio en la fe.---Esto ahora te pregunto, Constancio, ¿en qué fe crees finalmente? Pues ahora recorro los tiempos de tu cambio, en los cuales descendiste hasta el fondo del abismo de tu blasfemia, corriendo por escalones precipitados. Pues después de la primera verdadera fe del sínodo de Nicea, convocado nuevamente (año 341) el concilio de Antioquía, renuevas tu fe. Pero te sucede lo que suele suceder a los constructores inexpertos, a quienes siempre les desagrada lo suyo: que siempre destruyes lo que siempre edificas. Y para que no me acuses de juzgar injustamente tu voluntad, te diré qué te desagrada en esa misma fe de la dedicación. Si no me equivoco, es aquello que es tuyo: «Quien fue engendrado del Padre, Dios de Dios, todo de todo, uno de uno, perfecto de perfecto, rey de rey, imagen inconvertible, inmutable de la divinidad y esencia, poder y gloria.» Yo, ciertamente, fundado y permaneciendo en la fe escrita por los padres en Nicea, no necesito estas cosas: pero sin embargo, al corregirlas, las rescindes, y sin daño a mi fe, buscas para ti una ocasión de perfidia. Después del sínodo de Sárdica (año 347), nuevamente mueves todo tu cuidado por la doctrina católica contra Fotino (año 351). Pero inmediatamente te horroriza lo que estaba contenido en ambas fes: «Pero a aquellos que dicen que el Hijo de Dios es de lo que no existe, o de otra sustancia, y no de Dios, y que hubo un tiempo o siglo cuando no era, la santa y católica Iglesia los considera ajenos.» Discrepas de los tuyos, y te rebelas como enemigo contra los tuyos. Subviertes lo antiguo con lo nuevo, y lo nuevo mismo nuevamente lo rescindes con una nueva corrección, y lo corregido lo condenas nuevamente corrigiéndolo. También aceptas las condenaciones de tus correcciones contra los delirios de Osio y los incrementos de Ursacio y Valente: pero pronto decides que todo lo tuyo debe ser corregido, o más bien condenado. Pues te ofendes con estas pocas palabras que te son muy enemigas: «Y si alguien dice que el Padre es mayor en tiempo que el Hijo unigénito, y que el Hijo es más joven que el Padre, sea anatema.»

24. No hay fe donde no hay una sola.---No calumniamos sobre lo rescindido, de lo cual más bien nos quejamos de lo instituido después del sínodo de Nicea. Pues aunque se afirme que en todas estas cosas no subyace ningún vicio, sin embargo, no habría causa de voluntad religiosa: porque la meditación del mal es la mutación de los buenos; y la corrección innecesaria es ocasión de perversidad. Callo por qué rescindes lo que se hizo en Nicea por los padres; pues no concuerdas con ellos: solo pregunto por qué condenas lo tuyo. Pues el Apóstol predica una sola fe y un solo bautismo (Efes. IV, 5): ya cualquier cosa que esté en ti más allá de una sola fe, es perfidia, no fe. Pues quien condena la fe corrigiéndola, establece que es condenación de fe; mientras en ti se abole por una, lo que por otra nuevamente debe ser abolido.

25. Según los arrianos, ya nadie es inocente.---¿De qué obispo, entonces, has dejado la mano inocente desde entonces? ¿Qué lengua no has forzado a la falsedad? ¿Qué corazón no has

cambiado para condenar la sentencia anterior? Decides condenar el homoousion, la fe de la antigüedad y la seguridad de la piedad. Has establecido que el homoousion sea anatematizado por aquellos mismos que lo usurparon: lo cual, aunque para nosotros es irrelevante para la fe, sin embargo, es condenación de su fe para los que lo rescinden. También condenas el nombre de sustancia, con el cual te mentías piadoso a los occidentales en el sínodo de Sárdica y en Sirmio: lo cual, sin embargo, tomado con autoridad profética, contenía la inteligencia de la fe. Por tanto, ordenas condenar todo lo que antes fue aprobado; y obligas a santificar lo que siempre fue desaprobado. ¡Oh tú, malvado, que haces burla de la Iglesia! Solo los perros vuelven a su vómito: tú has obligado a los sacerdotes de Cristo a resorber lo que habían escupido. Les ordenas probar con sus confesiones lo que antes habían condenado: al negar, absuelven a los suyos, y se hacen reos a sí mismos. Has empujado todo a la impiedad y a la culpa: mientras todos se declaran reos e impíos, ya sea por lo presente o por lo pasado. La mentira no admite la verdad, ni la religión tolera la impiedad.

26. La violencia de Constancio sobre los orientales y africanos.---Te dices cristiano: pero tú mismo testificas que no lo eres: ni tus acciones concuerdan con tu profesión. Has sometido a los obispos orientales a tu voluntad; y no solo a tu voluntad, sino también a tu violencia. Ordenas que te devuelvan las suscripciones de los africanos, con las cuales habían condenado la blasfemia de Ursacio y Valente. Amenazas a los que se resisten, y finalmente envías a saquear. ¿Qué? ¿Piensas que Cristo no juzga sino por la letra, y que Dios necesita un papel para acusar la voluntad? ¿O que lo que una vez fue escrito, y arrebatado violentamente por ti, puede ser abolido de la conciencia del poder divino? Las cartas te seguirán a las cenizas, pero las condenaciones de los criminales vivirán ante Dios. Solo logras una cosa, que la posteridad esté instruida sobre qué debe decidir en su contra, temiendo.

27. Los arrianos declaran la guerra a los muertos.---¡Y cuántos incrementos logras para la impiedad! Y los demás mortales siempre han librado guerras con los vivos, mientras que el hombre no tiene causa contra el hombre más allá de la muerte: pero para ti no hay fin a las enemistades. Atacas a nuestros padres ya recibidos en el descanso eterno, y perversamente irrumpes en sus decretos. El Apóstol nos enseñó a participar en las memorias de los santos (Rom. XII, 13): tú has obligado a condenarlas. ¿Hay hoy alguien vivo o muerto, cuyas palabras no hayas rescindido? Has abolido completamente los mismos episcopados que ahora parecen existir: porque nadie no está ya condenado por sí mismo, y no ha condenado ya también a aquel de quien recibió el sacerdocio. ¿A qué memoria de los santos se participará ahora? Los trescientos dieciocho obispos reunidos en Nicea son anatema para ti: anatema luego todos los que asistieron a las diversas exposiciones desde entonces. También tu padre, ya muerto hace tiempo, es anatema para ti, a quien el sínodo de Nicea fue de cuidado, que tú perturbas con falsas opiniones, y contra el juicio humano y divino atacas con tus pocos secuaces profanos. Pero no te es lícito ahora, con un reino poderoso, prejuzgar también para el futuro. Pues existen cartas que muestran que lo que tú consideras criminal fue entonces piadosamente aceptado. Escucha la santa inteligencia de las palabras, escucha la constitución inalterada de la Iglesia, escucha la fe profesada de tu padre, escucha la segura confianza de la esperanza humana, escucha el sentido público de la condenación herética, y entiende que eres enemigo de la religión divina, y enemigo de las memorias de los santos, y heredero rebelde de la piedad paterna.

Adición de los libros sobre la Trinidad.

28. Del libro II sobre la Trinidad, número 6. El Padre es, de quien todo lo que existe subsiste. Él en Cristo y por Cristo es el origen de todo. Sin embargo, su ser es en sí mismo: no toma de

otro lo que es, sino que lo que es, lo obtiene de sí mismo y en sí mismo; infinito, porque no está él en algo, sino que todo está dentro de él; siempre fuera del lugar, porque no está contenido en un lugar; siempre antes del tiempo, porque el tiempo es de él. Corre con el pensamiento si crees que hay algo último para él, siempre lo encontrarás: porque cuando siempre te extiendes, siempre hay algo a lo que extenderse. Siempre extender su lugar es para ti, como para él es ser sin fin. La palabra en él fallará, no se cerrará la naturaleza. Vuelve a recorrer los tiempos, siempre encontrarás que es: y cuando el número de cálculos en el discurso falle, sin embargo, a Dios no le falta el ser siempre. Mueve la inteligencia, y abarca todo con la mente; no sostienes nada. Todo esto tiene un resto, pero este resto siempre está en el todo. Por lo tanto, no es todo, lo que tiene un resto; ni es resto, lo que es todo lo que es el todo. Porque el resto es una porción; pero todo, es lo que es el todo. Dios, sin embargo, está en todas partes, y todo está en todas partes. Así excede la región de la inteligencia, fuera de quien no hay nada, y de quien es siempre para que siempre sea. Esta es la verdad del sacramento de Dios, este es el nombre de la naturaleza inescrutable en el Padre. Dios invisible, inefable, infinito: ante quien el discurso debe callar para hablar, el sentido debe vacilar para investigar, y la inteligencia debe ser constreñida para abarcar.

29. Del libro III sobre la Trinidad, número 18. Queriendo, por tanto, el Hijo dar fe de su nacimiento, nos puso ejemplos de sus obras, para que por la eficacia de sus hechos inenarrables fuéramos enseñados sobre la virtud de su nacimiento inenarrable: cuando el agua se convierte en vino, cuando cinco panes, después de saciar a cinco mil hombres, sin contar el sexo y la edad restantes, llenan doce cestas con los fragmentos. Se ve el hecho, y no se sabe; se hace, y no se entiende; no se aprehende la razón, se impone el efecto. Es necio, sin embargo, dirigir la calumnia de la investigación hacia aquello en lo que no se puede comprender por su naturaleza lo que se busca. Pues así como el Padre es inenarrable en cuanto que es no engendrado; así no se puede narrar al Hijo en cuanto que es unigénito; porque es imagen del no engendrado quien es engendrado. Pues cuando aprehendemos la imagen con el sentido y las palabras, es necesario también alcanzar a aquel de quien es imagen. Pero perseguimos lo invisible, y tentamos lo incomprensible, a los cuales la inteligencia se ve constreñida a las cosas visibles y corporales; no nos avergonzamos de la necesidad, no nos acusamos a nosotros mismos de irreligiosidad, calumniando los arcanos de Dios, las virtudes de Dios. Preguntamos cómo el Hijo, y de dónde el Hijo, y con qué daño del Padre, o de qué porción ha nacido. Tenías en el ejemplo de las obras, para que creyeras que Dios puede hacer, aquello cuya eficacia no puedes entender.

30. Del número 19 del mismo libro. Preguntas cómo según el Espíritu ha nacido el Hijo: yo te interrogo sobre cosas corporales. No pregunto cómo ha nacido de una virgen: si la carne que genera carne perfecta de sí misma ha sufrido detrimento. Y ciertamente no recibió lo que produjo: sino que la carne elevó carne sin la vergüenza de nuestros elementos, y generó perfecta de lo suyo sin mengua. Y ciertamente sería lícito, no imposible en Dios pensar, lo que por su virtud se ha conocido posible en el hombre.

31. Del número 20. Pero a ti, quienquiera que seas, que persigues lo investigable, y juez severo de los secretos y virtudes divinas, te consulto, para que a mí, ignorante, y que solo creo en todo lo que ha sido dicho por Dios, me ofrezcas al menos la razón de este hecho. Oigo al Señor, y porque creo en lo que está escrito, sé que ya después de la resurrección se mostró frecuentemente en cuerpo a muchos que no creían; ciertamente a Tomás, que no creería sino tocando sus heridas, como dice: Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré (Juan XX, 25). El Señor se acomoda a toda nuestra debilidad de inteligencia, y para satisfacer la duda de los incrédulos, obra el arcano de su virtud invisible: la razón del hecho, quienquiera que seas

investigador de las cosas celestiales, expón. Los discípulos estaban encerrados, y reunidos en secreto después de la pasión del Señor. El Señor, para confirmar la fe de Tomás con las condiciones propuestas, se presenta, ofreciendo la facultad de palpar el cuerpo y tocar la herida: y ciertamente quien ha de ser reconocido por la herida, es necesario que haya traído el cuerpo en el que está la herida. Pregunto, pues, por qué partes de la casa cerrada se introdujo corporalmente. Pues el Evangelista lo expresó diligentemente, diciendo: Vino Jesús con las puertas cerradas, y se puso en medio de sus discípulos (Ibid., 26). ¿Acaso penetrando la construcción de las paredes, atravesó la sólida naturaleza de la madera impenetrable? Pues se puso corporalmente, no simulado o engañoso. Que sigan, pues, los ojos de tu mente el ingreso penetrante, y con él entre la casa cerrada de tu inteligencia la visión. Todo está íntegro y cerrado: pero he aquí que se presenta en medio, para quien por su virtud todo es accesible. Calumnias lo invisible: yo te pido la razón de lo visible. Nada cede de lo sólido, ni por su naturaleza algo como un deslizamiento insensible admiten la madera y las piedras. El cuerpo del Señor no se falta a sí mismo, para que se recupere de la nada: ¿y de dónde quien se presenta en medio está? A esto ceden tanto el sentido como el discurso, y la verdad del hecho está fuera de la razón humana. Por tanto, así como fallamos sobre el nacimiento, así también mentimos sobre el ingreso del Señor. Digamos que no se hizo, porque no aprehendemos la inteligencia del hecho: y cesando nuestro sentido, cese el efecto del hecho mismo. Pero la fe del hecho vence nuestra mentira. El Señor se presentó en la casa cerrada en medio de los discípulos: y el Hijo ha nacido del Padre. No niegues que se presentó, porque por la debilidad de la inteligencia no alcanzas el ingreso del que está presente: no ignores que del Dios Padre no engendrado y perfecto ha nacido el Hijo unigénito y perfecto Dios, porque la virtud de la generación excede el sentido y el discurso de la naturaleza humana.

32. Del número 21. Y todas las obras del mundo podrían estar presentes para nosotros como testimonio, para que no creamos lícito dudar de las cosas y virtudes de Dios. Pero nuestra infidelidad se lanza hacia la misma verdad, y violentos irrumpimos en la destrucción del poder de Dios. Si fuera posible, levantaríamos cuerpos y manos al cielo, perturbaríamos el sol y las demás estrellas de su curso anual, mezclaríamos las retiradas y avances del Océano, inhibiríamos también los flujos de las fuentes, y revertiríamos las naturalezas de los ríos, sacudiríamos los fundamentos de la tierra, y con todo este parricidio en las obras de Dios nos desataríamos. Pero es bueno que la naturaleza de los cuerpos nos detenga dentro de esta necesidad de modestia. Ciertamente no fallamos, qué, si fuera posible, estaríamos dispuestos a hacer: pues porque podemos, con la audacia profana de la voluntad convulsionamos la naturaleza de la verdad, y declaramos la guerra a las palabras de Dios.

33. Del libro II sobre la Trinidad, número 9. Cese el dolor de las quejas. Pues a ti, quienquiera que seas que requieres esto, no te llamo a lo alto, no te extiendo a la amplitud, no te conduzco a la profundidad. ¿No ignorarás con ecuanimidad el nacimiento del Creador, ignorando el origen de la criatura? Al menos esto requiero, ¿sientes que has sido engendrado, y entiendes lo que de ti se engendra? No pregunto, de dónde has obtenido el sentido, de dónde has recibido la vida, de dónde has adquirido la inteligencia, qué es lo que hay en ti, olor, sentido, vista, oído; ciertamente nadie ignora lo que hace: pregunto de dónde concedes estas cosas a aquellos que engendras, cómo insertas el sentido, enciendes los ojos, afliges el corazón. Estas cosas, si puedes, narra. Tienes, pues, lo que no sabes, y concedes lo que no entiendes: ecuánimemente ignorante en lo tuyo, insolentemente ignorante en las cosas de Dios.